

# MODERNISMO Y ANTIMODERNISMO EN LA IGLESIA

PETER NEUNER

La evolución de la doctrina en el cristianismo es uno de los puntos más claros a nivel teórico y más oscuro a nivel práctico. Todos admiten que lo que hoy se tiene por seguro mañana puede quedar abandonado como inexacto. Pero mientras tanto se continúa hostigando a quienes en cada momento de la historia se atreven a poner en duda los presupuestos de una época. Y así se va repitiendo la historia.

Hace menos de un siglo los Papas condenaron enfáticamente muchas de las afirmaciones que hoy ha hecho el Concilio Vaticano II. Esta condenación fue acompañada por una pavorosa purga persecutoria que alcanzó a muchas de las mentes más preclaras del catolicismo, y aun al futuro Papa Juan XXIII. Muchas carreras brillantes fueron arruinadas para siempre o frenadas irremisiblemente... "e pur si muove" como dijo Galileo después de su condena... y sin embargo se ha terminado por darles la razón.

En los últimos meses la Iglesia se ha visto, por otra parte, amenazada con un cisma por parte de Mons. Lefebvre y sus secuaces integristas. Peter Neuner, en el artículo que a continuación presentamos, nos coloca con una lógica rotunda ante un dilema insoslayable. O Lefebvre y los suyos tienen razón cuando acusan a la Iglesia de falsedad por traicionar su pasado, o las declaraciones oficiales de la autoridad eclesiástica en una época determinada de la historia no siempre son acertadas.

Esta constatación del historiador no responde a la raíz del problema: ¿dónde está entonces el criterio de verdad? Pero ayuda a evitar respuestas fáciles y apresuradas que nada prueban, y nos deja al desnudo la debilidad de una determinada eclesiología cogida en su propia trampa.

El artículo está tomado y traducido de *Herder Korrespondenz* 31 (1977) 36-42. (N. de la R.).

En las disputas en torno a Monseñor Lefebvre y sus seguidores se tratan diversos temas tales como la problemática de la reforma de la liturgia y el significado del Latín en la Iglesia. Para explicar cómo se ha podido llegar a la actual tensión, que ha llevado a la Iglesia al borde de un cisma, se mencionan argumentos psicológicos, de la sociología del conocimiento y especialmente —lo cual no es injustificado— políticos. En cambio parece haberse investigado muy poco la orientación teológica que ha hecho capaces a muchos seguidores de Lefebvre, a pesar de su fe estricta en la autoridad, de enfrentarse a las autoridades oficiales de la Iglesia, de no dejarse acobardar por las censuras eclesiásticas, y dado el caso incluso de arriesgarse a una separación de la Iglesia oficial. ¿Cómo justifica el mismo Monseñor Lefebvre su postura, por la que él aisladamente acusa al Concilio de herejía y reúne a su alrededor un grupo de seguidores que enfrenta a la más alta representación de la Iglesia?

## ANTIMODERNISMO COMO LINEA DE FUERZA TEOLOGICA

El Santo, por excelencia, Protector y Patrón del grupo es el Papa Pío X, canonizado en 1954, cuyo nombre llevan el Seminario de Ecône y la hermandad sacerdotal que de allí se deriva. Esta denominación tiene un carácter programático: Pío X es el Papa del anti-modernismo. Según Monseñor Lefebvre, mientras que Pío X se lanzó contra los modernistas con todos los medios a su alcance y buscó acabar con su obra en la Iglesia, actualmente tanto los Obispos como las autoridades Romanas son tolerantes y hacen la vista gorda ante el rebrote de tendencias modernistas. Esto ocurre en definitiva porque ellos mismos, según se argumenta, están infectados de modernismo.

Según Lefebvre los modernistas se han adentrado en la Iglesia a principios de siglo. Con el tiempo logran penetrar las instituciones y a la Iglesia misma con su condenada enseñanza. Lefebvre no se cansa de repetir que la "Iglesia del Concilio" es modernista. Para los seguidores del movimiento tradicionalista la fidelidad a la Iglesia debe expresarse en un No al Modernismo y por lo tanto en un imperturbable No a la Modernista Iglesia del Concilio. El título de la última publicación de Lefebvre es "Yo acuso al Concilio". En ella recoge sus tomas de postura durante el Concilio.

Lefebvre no está solo en sus acusaciones. El expresa con una fuerza especial lo que se siente en muchos círculos eclesiásticos, aun entre quienes no pertenecen estrictamente a la hermandad de S. Pío X. La Reforma de la Liturgia, la apertura de la Iglesia al mundo, el diálogo ecuménico no han encontrado ninguna o muy poca adhesión en una nada despreciable minoría de la Iglesia. Estos evitan acusar abiertamente al Concilio, pero se esfuerzan con no poca decisión en oponerse a los frutos que el Concilio ha logrado en lo litúrgico, teológico y pastoral. La forma en la que interpretan el Concilio, la selección de los textos que citan, muestra que estos círculos no se encuentran en absoluto de acuerdo con la nueva orientación que señaló el Concilio, y que quieren hacer retroceder cuanto sea posible a este "espíritu de los tiempos" que no fue pasajero en el Concilio. Ellos se distinguen sin duda de Lefebvre pero se aprovechan gustosamente de su protesta para justificar un fuerte "frenazo" y un decidido "retroceso". Es común a estos grupos y a los seguidores inmediatos de Lefebvre la acusación de que el Concilio o muchos de sus frutos son modernistas.

Por parte de la Iglesia no se gana mucho con rechazar esta acusación de Monseñor y de otros tradicionalistas como absurda o como postura mal intencionada. Es mejor tomar en serio la autoconciencia de este grupo y probar por lo tanto qué significa el rechazo del Modernismo en la Hermandad de S. Pío X y sus simpatizantes. Con esto llegamos a la pregunta: Según Lefebvre ¿qué es Modernismo?, ¿quién es Modernista?, ¿qué criterios sirven para decidir si alguno puede ser culpado de Modernismo?

## RAICES DE LA DISPUTA EN EL S. XIX

No es nada fácil contestar a esta pregunta, ya que el Modernismo es un conjunto sumamente polifacético. Sus raíces se hunden en el s. XIX cristiano frente a las nuevas exigencias planteadas a la Iglesia, la teología y la religión. El idealismo alemán, la incipiente industrialización, la cuestión social —que encontró su expresión más conocida en el Manifiesto Comunista—, el surgimiento de las ciencias naturales y la aparición del historicismo pusieron a la teología ante una tarea inesperada: ella tenía que ofrecer su mensaje a un mundo radicalmente transformado, debía hablar en un lenguaje

y con unos medios que fuesen comprensibles para ese tiempo, si es que quería cumplir su misión y hacerse entender. En contra de esta tendencia se levanta la Escuela Romana con su intento de basar el mensaje cristiano sobre fundamentos suprahistóricos, independientes de las nuevas corrientes filosóficas y científicas consideradas como "ateas". Así surge una escolástica entendida como suprahistórica, la Neoescolástica, a la que se juzga como la única teología católica válida, obligatoria para todos los tiempos.

El conflicto entre la Neoescolástica y los intentos de expresar el mensaje cristiano con los instrumentos de la época se agudizó visiblemente hacia el final del s. XIX. Se introdujeron entonces tres temas que iban a determinar en lo sucesivo la marcha de la disputa.

Primero. Frente a una interpretación científica del mundo en su totalidad, a menudo muy superficial, que con Ernst Haeckel consideraba "los enigmas del universo" y "las maravillas de la vida" como fundamentalmente irresolubles, se acentuó el significado de los valores del sentimiento, de la experiencia que no puede ser abarcada completamente por lo racional. A un nivel más amplio se pudo observar un resurgimiento del sentimiento religioso. Fueron especialmente los teólogos y filósofos de la religión los ingleses George Tyrell y Hügel quienes intentaron introducir en la teología la experiencia religiosa como una forma de conocer independiente. La nueva apologetica, cuyo principal representante era Maurice Blondel, partía del anhelo hacia lo totalmente distinto descubierto en lo más íntimo del hombre, y proponía en un segundo paso que el mensaje cristiano contestaba las preguntas y satisfacía los anhelos del hombre. Apoyándose en el Maestro Ekkehart se esforzaban por presentar en la renovación religiosa una mística cristiana, en vez de la tan extendida disposición fundamental coloreada de panteísmo. La tendencia básica de este intento era la vuelta al sujeto religioso, es decir al hombre creyente.

El segundo escollo que hay que nombrar en las controversias del cambio de siglo es el trabajo histórico sobre la Escritura. La Historia (Geschichte) fue descubierta en el siglo XIX cuando se desarrolló un método propiamente histórico en contraste con el conocimiento de las ciencias naturales. Alfred Loisy fue el representante más significativo en el campo católico, que se preocupó de aplicar los métodos críticos históricos a la investigación de la Sagrada Escritura. Para Loisy y sus seguidores era de una evidencia indiscutible que la investigación histórica de la Escritura podía y debía justificar las pretensiones de la Cristiandad y de la Iglesia. El trabajo crítico serio con los medios de la ciencia contemporánea iba a confirmar —estaba convencido de ello, al menos al principio— las pretensiones de la Iglesia Católica. Quería presentar una apología histórica del cristianismo y de la iglesia sobre bases científicas. "El Evangelio y la Iglesia", en conjunto el libro más importante del Modernismo, era una defensa de la Iglesia Católica frente a los ataques que había lanzado Harnack en su obra "La esencia del cristianismo".

Como tercera raíz del nuevo pensamiento y del conflicto con la teología y con la Iglesia hay que mencionar el movimiento político sobre todo en Francia y en Italia. En Italia les estaba prohibido a los católicos tomar parte en la política nacional. El Estado Italiano surgido tras la caída de los Estados Pontificios, no fue reconocido por la Iglesia. Las ideas democráticas que se afanaban por lograr una participación activa de los católicos en las cuestiones del Estado, se debían imponer frente al dictamen de que la esencia del Estado Italiano era ilegal. A los católicos les estaba prohibido hasta participar en las votaciones en Italia. En esta situación las tendencias democráticas tuvieron que combatir la idea de que el poder del Estado no procede del pueblo, sino que lo concede Dios inmediatamente a las autoridades religiosas y civiles. Frente a la deprimida situación política y económica de la gran masa de los trabajadores italianos creció más y más la convicción de que sólo era posible cambiar la situación si había partidos independientes que se ocuparan de la totalidad de las personas. Con esta conciencia social el sacerdote romano Romolo Murri fundó la Democracia Cristiana Italiana, un partido con bases cristia-

nas pero independiente de la Jerarquía, que se enfrentó al principio de que los católicos sólo podían actuar en las organizaciones políticas dirigidas por los Obispos y por encargo de los Obispos. En Francia apareció la "Action Française", una agrupación antidemocrática combativa, que intentaba utilizar a la Iglesia para sus fines como garante del viejo orden.

Los círculos oficiales de la Iglesia observaron todas estas tendencias con desconfianza. La insistencia en la investigación personal del texto bíblico, tal como era definida por Loisy, la orientación hacia el hombre concreto, como se expresaba en la preocupación por la experiencia personal e individual, y en las nuevas orientaciones políticas y económicas, ponían en cuestión al recién nacido sistema neoescolástico que partía siempre de una totalidad previa y de lo universalmente obligatorio en el orden eclesial, la política y la teología, y que entendía al individuo únicamente como una concretización de una ley universalmente válida. Los conflictos entre estas dos formas de pensamiento eran inevitables. De aquí vino —¿podía ser de otra forma?— que las diferentes posiciones no sólo se distanciaron cada vez más, sino que defendieron sus principios con creciente unilateralidad y extremismo. Esto colocó a la directiva máxima de la Iglesia, con su oficio de unificar ante una difícil situación. Con su fijación unilateral en la teología escolástica apenas si podía solucionar el problema con la necesaria circunspección. Ya en los últimos años de León XIII se llegó a una serie de enfrentamientos entre los representantes de la nueva teología y el Santo Oficio y la Congregación del Índice, ambos orientados por la neoescolástica; sin embargo todavía se pudo evitar por aquellos años una confrontación definitiva. Romolo Murri fue defendido una y otra vez por el Papa frente a sus acusadores.

#### PIO X CONDENA EL MODERNISMO

La elección de Pío X y el nombramiento como Secretario de Estado del Cardenal Merry del Val empeoró la situación. Pocas semanas después de la coronación del nuevo Papa fueron colocadas en el Índice de libros prohibidos las obras de Loisy. Un año más tarde Murri tuvo que disolver el partido de la Democracia Cristiana Italiana, ante las fortísimas presiones romanas. Tampoco la "Action Française" se libró de una censura eclesial, aunque Pío X impidió la publicación de la condena oficial. La controversia se hizo más aguda y fuerte por las dos partes, hasta que en el verano de 1907 fueron publicados el Decreto Lamentabili sane exitu del Santo Oficio y la encíclica pontificia Pascendi Dominici gregis contra el Modernismo.

Esta encíclica ocupa un puesto clave en la historia del Modernismo. Todas las distintas tendencias y nuevos principios que no pertenezcan a la teología neoescolástica se presentan aquí como si formaran un sistema cerrado con una estructura interna. Cuando el tradicionalismo habla en nuestros días de Modernismo, se refiere a toda la teología —una conjuración intraccesal estrictamente organizada— que Pío X acuñó con la palabra "Modernismo". En las publicaciones de la Hermandad Sacerdotal de S. Pío X se nombra y se cita una y otra vez a la magistral encíclica Pascendi. En la Formación de Ecône el estudio de este escrito del Magisterio ocupa un lugar central.

Mientras que Lefebvre y sus seguidores saben con exactitud qué es Modernismo y Antimodernismo, tal como queda descrito por el Magisterio en la Encíclica Pascendi, en cambio la mayoría de quienes acusan de Modernismo a amplios sectores de la Iglesia actual apenas saben qué es lo que va intrínsecamente unido a este concepto. Por eso parece necesario estudiar la descripción oficial del Modernismo en la Encíclica así como la historia de sus efectos. Con ello se aclarará qué fue condenado y qué es lo que, consciente o inconscientemente, se intenta hoy en la lucha contra el Modernismo.

La Encíclica comienza con una descripción de la situación de la Iglesia. "En estos últimos tiempos ha crecido extraordinariamente el número de los enemigos de la cruz de Cristo, los cuales con artes enteramente nuevas y llenos de perfidia se esfuerzan por aniquilar las energías vitales de la Iglesia, y hasta por destruir de arriba abajo, si les fuera posible, el imperio de Jesucristo" (n. 1). Por tanto hay que buscar a los enemigos de

la Iglesia en su interior, aunque son muy difíciles de reconocer porque no combaten abiertamente. "Juntan con esto, y es lo más a propósito para engañar, una vida llena de actividad, asiduidad y ardor singulares hacia todo género de estudios, aspirando a granjearse la estimación pública por sus costumbres, con frecuencia intachables" (n. 2). Según la convicción del Papa "se trata de la Religión católica y de su seguridad. Basta, pues, de silencio; prolongarlo sería un crimen. Tiempo es de arrancar la máscara a esos hombres y de mostrarles a la Iglesia entera tales cuales son en realidad" (n. 2).

El Modernismo es presentado en la Encíclica como un sistema cerrado. El hecho de que los "Modernistas" no presentaran ninguna totalidad de ese estilo, o el de que ejercitaran su trabajo individual de formas muy diversas y en múltiples campos, o que trabajaran para la renovación de la Iglesia y de la teología, es visto por la Encíclica como "una táctica, a la verdad, insidiosísima, que consiste en no exponer jamás sus doctrinas de un modo metódico y en su conjunto, sino dándolas en cierto modo por fragmentos y esparcidas acá y allá, lo cual contribuye a que se les juzgue fluctuantes e indecisos en sus ideas cuando en realidad éstas son perfectamente fijas y consistentes" (n. 3). Los autores de la encíclica estaban tan parcializados por su sistema teológico que para ellos los planteamientos modernistas, que no se derivaron exactamente de un sistema cerrado al estilo neoescolástico, eran simplemente una táctica que había que desenmascarar.

Para la Encíclica la raíz de todo el sistema Modernista está en el Agnosticismo. Según esta doctrina "la razón humana está rigurosamente encerrada en el círculo de los fenómenos, es decir, de los objetos sensibles... De donde infieren que Dios no puede ser objeto directo de la ciencia" (n. 4a.). Los Modernistas rechazan como Intelectualismo una filosofía que trate de fundamentar racionalmente la fe, por medio de pruebas de la existencia de Dios y del estudio de los milagros. "Con esto, por parte del entendimiento, se cierra al hombre todo camino hacia Dios, al mismo tiempo que se imagina abrirle uno más apto por parte del cierto sentimiento religioso" (n. 11). La apologética modernista está basada en un anhelo humano que no encuentra satisfacción en este mundo. Por ello hace un llamado al sentimiento y a la experiencia en lugar del conocimiento racional. Con esto se ve claramente que es insensato —al menos según la presentación de la Encíclica— acusar a los Modernistas de Racionalismo como tan frecuentemente ocurre hoy. La Encíclica les echó la culpa de lo contrario: el punto de partida de todo el modernismo es el antiintelectualismo y la invocación de la experiencia.

El sentimiento religioso se entiende como una fuerza viva, dinámica, que actúa y conforma sus modos propios de expresión. De esta forma nacen, en opinión de los modernistas, la Iglesia, la Escritura, los Dogmas y los Sacramentos. Estos no han sido instituidos directamente por Jesucristo ni han caído del cielo, sino que han nacido más bien de las necesidades de los hombres y de su anhelo religioso. Sin embargo según la encíclica los Modernistas defienden firmemente que estas realidades son sobrenaturales y poseen una eficacia divina, ya que son de la opinión de que Dios mismo guía las expresiones externas del sentimiento religioso original, con lo que determina su mismo desarrollo. De esta forma podrían los modernistas hablar, tal como son presentados aquí, de una fundación e institución divina indirecta de los sacramentos.

El principio estructural de la doctrina Modernista, según la Encíclica, es el concepto de evolución, según el cual todas las realidades sobrenaturales que determinan la Fe y la Iglesia no están fijadas de una vez por todas, y por tanto no serían conservadas en su forma original, sino que deben ser desarrolladas y tienen que evolucionar a lo largo de la historia. Así llegan los modernistas a la convicción de que "no hay nada inmutable en la Iglesia" (n. 6f).

#### "CON TALES DESVARIOS QUIEREN RENOVAR LA IGLESIA"

Para la Encíclica "ofrece más abundante materia de hablar lo que la escuela modernista fantasea acerca de la Iglesia (n. 6e). Puesto que tampoco la Iglesia se debe a una fundación

inmediata de Cristo, sino más bien a un hecho de evolución que está determinada por la conciencia colectiva de la fe. La Jerarquía se basa asimismo en las necesidades de la comunidad, y no en una institución inmediata de Jesús. Por eso la Iglesia contemporánea, al igual que la sociedad actual, debe introducir "el gobierno popular" y "tiene la autoridad eclesial el deber de usar de las formas democráticas" (n. 6e). Los modernistas, según la Encíclica, piden libertad de las directrices eclesiásticas en el campo de la acción política: Los partidos y sindicatos cristianos, por lo tanto, no deberían estar bajo la dirección de la Jerarquía: "Por lo cual el católico, por ser también ciudadano, tiene el derecho y la obligación de hacer lo que juzgue más conveniente a la utilidad de la Patria, sin cuidarse de la autoridad de la Iglesia" (n. 6e).

En contraste con esta presentación, en la que en todo caso se ofrece una visión exacta, en puntos concretos, de la nueva teología, la caracterización de la exégesis modernista en la Encíclica se basa en continuos malentendidos. El trabajo del exégeta se presenta como un conglomerado enmarañado de distintos métodos, por el que según la Encíclica el resultado está predeterminado de antemano por la presuposición filosófica de que lo sobrenatural no existe en la historia. "Allí todo se decide de antemano y según un apriorismo que rebosa en herejías (n. 8)

Partiendo del principio de la evolución, que marca la doctrina del Modernismo, este sistema culmina en diversos intentos de renovar la Iglesia. Con esto aparece por fin el Modernismo como Reformador. La Encíclica se propone "manifestar de cuán ilimitado y vehemente prurito de novedades estén animados tales hombres" (n. 10). Como ejemplos de la pretendida renovación se nombran entre otros los intentos de abolir la filosofía neoescolástica e introducir el pensamiento histórico en la dogmática. "Ordenan que los dogmas y su evolución se pongan en armonía con la Ciencia y con la Historia" (n. 10). Los modernistas quieren, según la Encíclica, adaptar la catequesis al poder de captación del pueblo, y transformar las prácticas de gobierno de la Iglesia, sobre todo los procedimientos del Santo Oficio y de la Congregación del Índice. "Pretenden asimismo que se debe variar la acción del gobierno eclesiástico en los negocios políticos y sociales" (n. 10).

Siguiendo a la Encíclica caracteriza por tanto al Modernismo el colocar la experiencia religiosa personal en el centro de la teología y la piedad, hablar de una institución indirecta de la Iglesia y los sacramentos por Cristo, pedir partidos y sindicatos cristianos independientes, distinguir en los dogmas entre forma y contenido, y fundamentar la fe a partir del anhelo de los hombres. Es modernista solicitar el abandono de la neoescolástica, dirigir la enseñanza de la religión a la capacidad de captación del pueblo, criticar los métodos del Santo Oficio y de la Congregación del Índice, y el deseo de que le sea posible a la Iglesia reorientarse en las cuestiones sociales.

Ya en la presentación que la Encíclica hace del Modernismo se juzgan muy duramente estos esfuerzos. Los Modernistas son descritos como "ciegos y conductores de ciegos que, inflados con el soberbio nombre de ciencia, han venido a dar en la locura de pervertir el eterno concepto de la verdad y la religión" (n. 4). Sobre el intento de construir la religión sobre el sentimiento religioso y la experiencia, sentencia la Encíclica: "¡Estupor causa oír estas cosas, tan gran atrevimiento en hacer afirmaciones, tamaño sacrilegio! Y sin embargo, Venerables Hermanos, no son los incrédulos sólo los que tan atrevidamente hablan así. Católicos hay, más aún, muchos sacerdotes, que claramente publican tales cosas y con tales desvaríos quieren renovar la Iglesia" (n. 4b).

En una segunda y una tercera parte la Encíclica investiga las causas del Modernismo, al que designa como "compendio de todas las herejías", y propone una serie de medidas prácticas que deben contribuir a combatirlo. Ante todo se debe acabar con el error mediante una estricta censura de los libros, y una vigilancia constante sobre las declaraciones orales y escritas de los teólogos. A los consejos de vigilancia erigidos en cada diócesis se les encarga "evitar la novedad de los vocablos" (n. 13f).

## DE LA CONDENACION DE LA HEREJIA A LA AGITACION INTEGRISTA

Fuera de los estrechos círculos neoescolásticos la Encíclica fue recibida en todas partes como una sacudida. Sus reproches, sus desconfianzas, sus medidas disciplinarias produjeron una oleada de indignación. ¿Pero quién era señalado de hecho en esa Encíclica? ¿Según el texto quién era y quién es modernista?

Si se consideraba modernista solamente al que defendía todo el sistema modernista tal como era descrito en la Encíclica según el modelo neoescolástico, entonces no existía ni un solo modernista. De esta manera cada uno podía rechazar la acusación como si no fuera con él. En Alemania escribía Albert Ehrhard "que la Encíclica no se refería tanto a Alemania cuanto a otros países", porque "el Modernismo de la Encíclica no se encuentra en casa en Alemania". En Bélgica escribía el Cardenal Mercier en su carta pastoral de la cuaresma de 1908: "Estos errores, que han plagado principalmente a Francia e Italia, gracias a Dios no cuentan con muchos seguidores en Bélgica". Pero con esto la intención de la Encíclica no afectaba a nadie. Cuando los obispos ingleses quisieron proponer una interpretación semejante en una carta pastoral conjunta, ésta fue prohibida por el Cardenal Merry del Val, Secretario de Estado: "Hay aquí una frase que no parece muy oportuna. Me refiero al lugar donde se dice que entre los católicos ingleses se da poco a ningún modernismo... Si se publicara este escrito usurparían también esta indicación en Francia, Alemania e Italia... Si es verdad que no hay muchos modernistas ingleses, existen todavía toda una serie de ellos en distintos grados".

El concepto de Modernismo no debía ser interpretado de ningún modo en sentido estricto. Se quería lanzar la acusación de herejía en la forma más ilimitada posible contra todas y cada una de las cosas de alguna manera aparecieran como nuevas. Sólo así se puede explicar que el juramento antimodernista fuera introducido en 1910, cuando Tyrrell estaba muerto, Murri había sido excomulgado, y Loisy se había separado de la Iglesia por su cuenta. En la fórmula de este juramento que debía pronunciar todo el clero activo en el cuidado pastoral o en la enseñanza (sólo fueron exceptuados los profesores de las Universidades alemanas) se defendían con todo el corazón y con la veneración debida todas las "condenaciones, aclaraciones y prescripciones tal como se contienen en la Encíclica *Pascendi* y en el Decreto *Lamentabili*".

Pertenece a la historia del modernismo y está indisolublemente unida a ella la agitación integrista que, basada en las prescripciones disciplinares de la Encíclica envolvió a la Iglesia en una red de espionaje. Monseñor Benigni, que actuó de 1906 a 1911 como Subsecretario en la Congregación para Asuntos Eclesiásticos Extraordinarios, fue la cabeza de esta organización que operaba con códigos secretos y nombres fingidos, e identificaba inconsiderablemente su propio punto de vista estrecho con la fe verdadera. Se elaboraron informes secretos sobre todos los teólogos, Obispos y Cardenales, pero también sobre políticos y hombres de negocios cristianos. Todo esfuerzo por lograr una nueva orientación teológica, y aún más social o política, era tachada de Modernismo. La Organización tomó su nombre del Papa Pío V. *Sodalitium Pianum*. A este Papa invoca hoy también la Hermandad Sacerdotal de S. Pío X como editor del *Misal Romano*. Las intrigas de Benigni que en su gran mayoría eran conocidas por Pío X (esto lo han demostrado claramente las recientes investigaciones en oposición a conjeturas anteriores) ensombrecieron los últimos años de este pontificado. Hasta el Cardenal Gasparri, creador del Código de Derecho Canónico aún vigente, y que ciertamente no puede ser considerado como progresista, pensaba durante el proceso de canonización de Pío X que su política eclesiástica suponía un serio obstáculo para su canonización.

Prácticamente nadie se sentía seguro de no ser acusado sin fundamento alguno. Como ejemplo puede valer el caso Roncalli. Roncalli escribió una tarjeta postal de saludo en vacaciones a su compañero de estudios Ernesto Buonaiuti, que estaba condenado como modernista. Esta postal no llegó a su destino, sino que aterrizó en el Santo Oficio, el cual sospecha-

ba que Roncalli "estaba infectado por la peste del Modernismo". Cuando éste ya era el Papa Juan XXIII mandó que le trajeran los archivos personales y encontró allí este asiento: "sospechoso de Modernismo". Como documento se había introducido su postal a Buonaiuti. El Papa pidió enfadado una pluma e introdujo en su acta la siguiente indicación: "Yo, el Papa Juan XXIII, declaro que nunca he sido Modernista". Todas las diferencias que ponía la Encíclica entre Modernismo propiamente dicho, seguidores del Modernismo y peldaños hacia el Modernismo cayeron definitivamente. La acusación de Modernismo se empleó poco después sin matices y en forma global. No sólo alcanzó este veredicto a Loisy, quien ciertamente en su evolución posterior no podía tener ya un puesto en la Iglesia. Este se aplicó de igual manera a todos los esfuerzos teológicos, administrativos y socio-políticos que intentaban hacer fructificar también en la Iglesia los nuevos conocimientos científicos y políticos, y que trataban de hermanarlos en una nueva síntesis con el mensaje cristiano. Todo esto no se menciona aquí para airear trapos sucios, o para sacar a la luz del día cosas que mejor sería olvidar. Sino porque la Encíclica y el concepto de Modernismo que de ahí se deriva es la base en la que se fundamenta de múltiples maneras la actual oposición a la "Iglesia del Concilio". Una clara descripción del Modernismo es el presupuesto para poder llevar una conversación sensata con el actual movimiento tradicional.

## ENCUENTRO DE LA IGLESIA CON SU PASADO

Los problemas que, planteados por el Modernismo, no fueron resueltos definitivamente aunque fueron encaminados hacia una respuesta, permanecen todavía hoy como temas que la teología tiene que afrontar. Elijamos entre estas cuestiones las siguientes: consideración de la religión como un horizonte envolvente, dentro del cual hay que considerar también al cristianismo; el encuentro de una teología y una predicación que respondan a los problemas y necesidades existenciales y sociales del hombre y le orienten en sus cuestionamientos; la recuperación de la experiencia religiosa como categoría del pensamiento teológico; el redescubrimiento de la historia y de la evolución de la Iglesia y su doctrina. Todo esto no fue sólo problema para el Modernismo; son más bien cuestiones que una continua represión no ha podido reducir al silencio. Las preguntas del Modernismo resultan hoy tanto más acuciantes cuanto más se ha impedido su respuesta.

Es evidente que en la teología y en la Iglesia actual han encontrado lugar una serie de proposiciones que "*Pascendi*" condenaba y que poco después fueron rechazadas como heréticas. Ya el Papa Benedicto XV, sucesor de Pío X, del que se había sospechado cuando era Arzobispo de Bolonia, acabó con el movimiento de Benigni. En el discurso de apertura del Concilio Vaticano II el Papa Juan XXIII se opuso a quienes "aunque con celo ardiente, carecen del sentido de la discreción y de la medida. Tales son quienes en los tiempos modernos no ven otra cosa que prevaricación y ruina". El Papa trazó en cambio como programa al Concilio: "Nos parece necesario decir que disintimos de esos profetas de calamidades... En el presente orden de cosas, en el cual parece apreciarse un nuevo orden de relaciones humanas, es preciso reconocer los arcanos designios de la Providencia". Movido por este pensamiento el Concilio se ha esforzado en tomar en serio al hombre en su situación individual y personal. Ha defendido la libertad de religión y de conciencia, y con ello ha abandonado un principio que nacía únicamente de un sistema abstracto y consideraba al hombre y al mundo únicamente como subordinados a una totalidad previamente dada. Por eso comienza el decreto conciliar sobre la Libertad Religiosa con unas palabras programáticas sobre la "dignidad de la persona humana".

La Constitución Pastoral "*Gaudium et Spes*" presenta una perspectiva cuyo objeto central es el mundo en todas sus dimensiones y campos, con sus problemas, preocupaciones y necesidades, sus éxitos, sus esperanzas y sus alegrías. "Es por consiguiente el hombre, pero el hombre todo entero, cuerpo y alma, corazón y conciencia, inteligencia y voluntad, quien será el objeto central de nuestras explicaciones" (n. 3).

Esta visión del hombre y del mundo, este esfuerzo del Concilio por dirigirse al hombre y a su realidad para ofrecerle el mensaje cristiano no tiene ninguna cabida en la concepción "anti-modernista" y a ella le debe aparecer como "modernista". Por eso fue muy consecuente Monseñor Lefebvre cuando se negó a firmar los dos documentos que acabamos de nombrar. No es posible hermanar la condena hecha por Pío X de los partidos y sindicatos cristianos con las Encíclicas sociales "Populorum Progressio" y "Paćem in Terris". Dentro de su estructura de pensamiento, dentro del "antimodernismo" del Papa Pío X, Lefebvre tiene toda la razón al acusar a la Iglesia actual de Modernismo; él puede apoyarse en las frases y las condenaciones de "Pascendi" y en la historia del "antimodernismo". Ante esta constatación no es suficiente invocar que ha cambiado la situación histórica. Es cierto que "Pascendi" se enfrentaba a problemas diferentes de los que ponen hoy a la Iglesia tanto la teología como el mundo. Pero ya entonces fue condenada como "la quintaesencia de la doctrina modernista" la invocación de una situación histórica diferente, la insistencia en que la respuesta de la Iglesia debe variar según los tiempos, que la misma respuesta a un cuestionamiento diferente puede ser falsa, que la doctrina de la Iglesia debe evolucionar de acuerdo con las "necesidades" de los tiempos. Quien piensa dentro del sistema "antimodernista" no puede relativizar como condicionada por el tiempo a la teoría neoescolástica, que se considera a sí misma no como expresión históricamente condicionada de la fe cristiana, sino como forma supratemporal, y por lo

tanto absolutamente obligatoria, del pensar cristiano. A éste le tienen que parecer modernista tanto el Concilio como la Iglesia.

Lo que hoy se está llevando a cabo es un encuentro de la Iglesia con su propio pasado. El juramento antimodernista fue exigido todavía hasta 1967 a todos los clérigos antes de recibir las Ordenes Mayores o un grado académico. Mientras no se explique el fenómeno del Modernismo en la teología y en la Iglesia con más claridad que hasta ahora; mientras el concepto de Modernismo sea utilizado en la Iglesia "tan sólo como una palabra especialmente agresiva en el repertorio de denuos de cierta arrogancia intraclerical que no se siente afectada por la dificultad de la fe en el mundo de hoy" (Rahner-Vorgrimler: Diccionario teológico), no se podrá evitar el que se presente aún hoy una imagen de la Iglesia oficial en el espejo del antimodernismo en la que, gracias a Dios, ya no se puede reconocer. Por el contrario sólo cuando se deje claro que uno no se quiere declarar conforme con los presupuestos y prácticas del antimodernismo, que la Iglesia ya ni quiere ni puede ser la del antimodernismo, sólo entonces se podrá hacer frente sinceramente a Lefebvre y a sus seguidores, así como al círculo más amplio de sus simpatizantes tradicionalistas. Cuando hoy se estudia el Modernismo con un nuevo interés creciente, no se deberían trazar paralelos históricos cuestionables. Es mejor superar un pasado que sin duda tiene su peso todavía para enfrentarse realísticamente a los nuevos desafíos de la historia. ●

Caracas, agosto 8 de 1978.

Estimado Padre Ugalde:

Termino de leer el editorial de la Revista "SIC", que acertadamente diriges, correspondiente a los meses de Julio y Agosto de 1978. Deseo, en nombre de la Junta Directiva de Pro-Venezuela y en el mío personal, expresarte nuestra permanente gratitud por los importantes conceptos en torno a la obra de Pro-Venezuela a lo largo de sus 20 años de existencia y el papel que desempeña en la vida nacional.

Tus reflexiones constituyen un llamado a la sensatez, a la austeridad y a la evidente necesidad de imponer como norma de acción el ejercicio permanente de una moralidad con vistas al futuro nacional.

Dentro de las naturales críticas que inevitablemente se hacen en la vida de cualquier institución, es motivo de aliento y esperanza oír voces como la tuya que sinceramente nos animan a mantener nuestras luchas siempre en defensa de los sanos y legítimos intereses de Venezuela.

Un cordial saludo,

Reinaldo Cervini  
Presidente

ASOCIACION PRO-VENEZUELA

2 de mayo de 1978.

Revista SIC. Opinión de Nuestros Lectores.

Con bastante asombro leí en SIC No. 404 abril 1978 p. 181 su comentario sobre el resultado de las Elecciones francesas. Así para Uds. es "un revés para las fuerzas progresistas no sólo de Francia sino del mundo entero. En todos los países, los partidarios de la transformación profunda de la sociedad en el sentido de la propiedad social, la autogestión y la planificación para beneficio de todos, habían mirado... La alianza electoral de socialistas, comunistas y demócratas avanzados aparecía como un posible modelo..."

Será probablemente la aplicación del fa-

## OPINION DE NUESTROS LECTORES

moso principio del SENTIDO de la HISTORIA!!!

"La alianza electoral de socialistas, comunistas y demócratas avanzados"... Vean, pues, cómo funciona dicha alianza en el EX-PRESS No. 139 abril 78 p. 29, cuya página nos reseña 2 libros sobre la REVOLUCION ESPAÑOLA de BURNETT BOLLOTEN y JULIA GORKIN, quienes estaban en España durante dicha Guerra Civil y cuentan cómo los Comunistas Españoles apoyados por los Soviéticos eliminaron de la manera más despiadada, fusilándolos sin piedad, a todos cuantos eran anti-franquistas, p.ej. miembros de las Brigadas Internacionales, pero antistalinistas. Así dijo después KRIVITSKI "la GUEPEOU tenía en España sus propias cárceles. Hacían sus unidades secuestros y asesinatos..." Así desapareció ANDRES NIN, fundador del Partido Obrero de Unificación Marxista del POUM, sólomente por ser él mismo antistalinista.

Y cuantos ejemplos tenemos más en el mundo, así como HUNGRIA y CHECOSLOVAQUIA.

Y puesto que estas Elecciones Francesas son para Uds. "un revés para las fuerzas progresistas..." supongo que su ideal es el modelo de Gobierno existente en CUBA, HUNGRIA, CHECOSLOVAQUIA, POLONIA, ALEMANIA del ESTE, RUSIA, CHINA...

"La transformación profunda... en el sentido de la propiedad social..." sabemos lo que resulta: que toda Compañía pasando a ser del Estado, en lugar de seguir haciendo beneficios acumula los déficits.

"La autogestión..." hasta YUGOESLAVIA que se había realmente esforzado por promoverla tuvo que echar para atrás al ver la situación desastrosa de su economía.

"La planificación para beneficio de todos..." vean, pues, para comprobar los efectos kafkaianos de dicha planificación estatal el libro de HEDRICK SMITH "Los Rusos" que les propinará toneladas de ejemplos sacados de la vida cotidiana en URSS.

En cuanto a la propiedad privada, todo el mundo sabe que su rendimiento en agricultura es varias veces mayor en cantidad y calidad al de todas las empresas colectivas (koljóz...)

Y si el Gobierno anhelado por Uds. para FRANCIA ha realizado cambios tan interesantes en otros países ¿por qué dichos países quedan siempre con sus fronteras cerradas? ¿por qué impiden prácticamente a sus ciudadanos salir al extranjero, sea para viajar, sea para radicarse en otra nación? ¿por qué prohíben toda propaganda extranjera en sus propios países, mientras inundan los países llamados Capitalistas con sus organizaciones más o menos legales en nombre de la Libertad?

Y mediten por fin lo dicho en FRANCIA por 4 disidentes obreros del ESTE (EXPRESS 1398 abril 78 p. 37). "La clase de la población más oprimida en URSS es la clase obrera, con los trabajadores de los Koljósos".

Con mis saludos atentos.

P. Quentin.

Directiva de la  
Revista SIC

Apreciados amigos:

Les envío el cheque para renovar mi suscripción. Aprovecho para felicitarles una vez más por la revista y su contenido.

Yo soy caraqueño y trabajo en MARRAVEN hace casi 4 años. Mucha gente desearía ver tratados en SIC temas relacionados con el Zulia y el Petróleo, etc. pero no de manera superficial, subjetiva y poco informada como se ve en muchas partes, (incluso algo en SIC). Sería bueno que se dieran una vuelta por aquí, donde vivimos casi dos millones de venezolanos y se ven los más agudos contrastes del país.

Gracias.

Luis Pulgar.